

SISTEMAS Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN LA NECRÓPOLIS DEL COLL DEL MORO (GANDESA, TERRA ALTA)

Nuria Rafel i Fontanals
Gemma Hernández Herrero

La necrópolis del Coll del Moro, la más oriental de las necrópolis tumulares de tipo bajoaragonés, se halla situada a unos seis kms. de Gandesa (Terra Alta, Tarragona), en dirección a Calaceite y abarca una extensión de más de un kilómetro de longitud en una zona de relieves suaves al pie de la carretera N-240. Está constituida por tres áreas diferenciadas que reciben los nombres de Calars, Camp Teuler y Maries.

El yacimiento es conocido desde el año 1953 cuando, con motivo de la erección de un monumento conmemorativo de la batalla del Ebro, S. Vilaseca realizó una intervención de urgencia en el curso de la cual se excavaron seis túmulos. A partir de la publicación de los mismos, al año siguiente¹, la necrópolis pasó a formar parte de la que sería la conocida sistematización de este autor². No es hasta los años 70 cuando se reemprenden las excavaciones, bajo la dirección de M. Berges y M. Ferrer, que se centraran, básicamente, en los sectores Calars y Camp Teuler³.

A partir de 1974 se interrumpen de nuevo los trabajos, no siendo continuados hasta 1984⁴.

A pesar de que los resultados de todos estos trabajos han sido publicados muy parcialmente, nues-

tras investigaciones en curso, así como la síntesis realizada en base a los resultados de las excavaciones efectuadas hasta el momento⁵, nos permiten ya tener un conocimiento global y detallado del yacimiento, que vamos a definir a grandes trazos a fin de facilitar la comprensión del objeto de la presente comunicación.

El conjunto de la necrópolis del Coll del Moro ofrece una secuencia que nos permite conocer las características de una evolución que se inicia con los campos de urnas y llega a época ibérica y que abarca un espectro cronológico que va del paso del siglo IX al VIII a. C. hasta el siglo V a. C.

El número de unidades de enterramiento excavadas hasta el momento en los tres sectores en que —como señalábamos anteriormente— se divide la necrópolis asciende a 108 (sector Calars: 22; sector Camps Teuler: 60; sector Maries: 26), no estando aún agotada, lo cual nos da una idea de su magnitud.

Todos los enterramientos de la necrópolis son de incineración y, aún cuando predominan en ella las estructuras funerarias tumulares, no presentan una uniformidad sino que responden a diversos tipos básicos, que han sido sistematizados como sigue:

1. Tumular circular con cista (800/750 a. C.-550 a. C.)
2. De tipo tumular rectangular (800/775 a. C.-600/550 a. C.)
3. De tipo tumular cuadrada (625/600 a. C.-550/525 a. C.)
4. De tipo tumular circular (800 a. C.-625/600 a. C.)
5. *Loculi* (725 a. C.-500 a. C.)

El rito incinerador está presente en todos los enterramientos de los tres sectores de la necrópolis del Coll del Moro sin ninguna excepción. Para el área

¹ S. VILASECA, *Nuevos yacimientos tarraconenses de cerámica acanalada*, Reus, 1954.

² S. VILASECA, J. M. SOLER y R. MAÑE, *La necrópolis de Cau Canyis (Banyeres, Penedès)*, Madrid, 1964, pág. 88.

³ M. FERRER, «Necrópolis del Coll del Moro, Gandesa», en *Excavacions arqueològiques a Catalunya en els darrers anys*, Barcelona, 1982, págs. 234-237.

⁴ D. MOLAS, N. RAFEL y F. PUIG, «Excavacions a la Necrópolis del Coll del Moro de Gandesa. Sectors Maries (campanya 1984)», *B.R.S.T.*, 5ª época, nº 4.

⁵ N. RAFEL, *La necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta)*, Tesis doctoral, Barcelona, 1986.

NW de la península se ha aceptado tradicionalmente que la incineración es de raíz europea; contrariamente al Levante y Sur donde se ha partido, en los últimos años, del análisis de una posible influencia fenicia u orientalizante en la adopción de la misma⁶. Hay que tener en cuenta —por lo que respecta a este tema— la reciente revisión de las tumbas de incineración excavadas por Siret en Almería⁷, así como el interesante hallazgo, realizado en los últimos años, de la necrópolis de incineración de la Peña Negra de Crevillente, que se sitúa en un horizonte cronológico paralelo a la fase Peña Negra I del poblado, anterior a la fase orientalizante⁸. Es necesario señalar los paralelos tipológicos entre las tumbas de la Peña Negra y el Bajo Aragón y, concretamente, del mismo Coll del Moro, así como los paralelos de los ajuares de los sepulcros de Almería. Es interesante recordar que a las cronologías propuestas para Peña Negra (horizonte I, 725-575 a. C.; horizonte II, siglo VI a. C.) se suma una fecha de C-14 de 740 ± 50 para el inicio del horizonte I⁹.

Aunque en Cataluña Occidental se documenta la incineración desde principios del primer milenio, el momento de su generalización es aún impreciso, dado que parece que se continúan realizando inhumaciones en cuevas y en monumentos megalíticos reutilizados¹⁰. En cualquier caso, no obstante, la incineración está documentada, junto a elementos culturales atribuibles a los campos de urnas antiguos, en todo el Bajo y Medio Segre. Desde aquí debía penetrar hacia las tierras del Ebro por los cursos fluviales. Probablemente, el estudio de la necrópolis del Castellet de Mequinzenza, en un punto geográfico clave en las comunicaciones entre el Bajo Segre y Terra Alta y el Matarranya, aporte nuevos datos a esta penetración. En Los Castelletts —en curso de excavación—

coexisten enterramientos colectivos de inhumación, datados entre el 1000 y el 800 a. C., con enterramientos de incineración situados hacia el 900 a. C. y acompañados de estructuras tumuliformes relacionadas con las del Ebro¹¹.

En el Coll del Moro las cremaciones se realizaban, por regla general, en *ustrina* y no en la propia tumba; es decir, se trata de cremaciones secundarias. A pesar de que no se ha localizado ningún *ustrinum*, la excavación de las tumbas no ha aportado datos que hagan pensar en cremaciones primarias. Hay, no obstante, una excepción. La excavación del subsuelo de uno de los grandes túmulos circulares de cista excéntrica con losas megalíticas del sector Marías (M1) puso en evidencia la existencia, bajo el mismo, de la pira funeraria¹². Este hecho nos hace pensar que tal vez éste no es el único caso de cremación primaria del yacimiento, ya que en una estructura funeraria de las características del M1 tal extremo únicamente puede ser documentado desmontando la estructura tumular, o parte de ésta. Por lo que conocemos de las excavaciones Berges-Ferrer, eso únicamente se hizo en el sector Camp Teuler en aquellas estructuras que se presentaban superpuestas. Podría ser, pues, que otros túmulos del sector M1 se hubieran erigido sobre la pira funeraria.

A pesar de todo, si hemos dicho que la cremación secundaria es el rito generalizado en la necrópolis es porque, excepto en el caso de grandes túmulos circulares de cista excéntrica, en el resto de tipos de estructuras una excavación convencional debería haber proporcionado datos de una cremación primaria, en caso de haber existido.

Es por este motivo que creemos, a la espera de obtener más datos sobre este aspecto ritual en futuras campañas de excavación, que la cremación primaria aparece en un momento tardío y que, posiblemente, se limita solamente a algunos enterramientos.

La incineración en el mundo de los campos de urnas se asocia a cremaciones secundarias. En el mundo ibérico, en cambio (Cigarralejo, Pozo Moro, Hoyo de Santa Ana, Corral de Saus...) y en algunas necrópolis orientales (La Joya, Carmona) se docu-

⁶ M. PELLICER, «Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada)», *E.A.E* 17 (1962). M. E. AUBET, «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenne* 13-14.

⁷ F. MOLINA GONZÁLEZ, *La cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica*. Resumen de la tesis doctoral (Granada 1977).

⁸ A. GONZÁLEZ PRATS, «Las necrópolis de cremación del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente», *Alicante XVI C.N.A.*, Murcia, 1982 (Zaragoza 1983) págs. 286 y 292.

⁹ A. GONZÁLEZ PRATS, «El fondo de cabaña del corte 4 del sector I de la Sierra del Castellar (Crevillente) y su datación absoluta mediante el método C-14», en *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 22 (1977), pág. 102.

¹⁰ M. CURA, A. M. FERRÁN, J. PADRO y J. MALUQUER, «Los sepulcros megalíticos de Cortiuda (Peramola, Alt Urgell)», en *Pirineos* 102 (1971).

¹¹ J. I. ROYO y A. FERRUOLA, «Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de los Castelletts (Mequinzenza, Zaragoza)», *Boletín del Museo de Zaragoza* 2, págs. 216 y 218.

menta la cremación primaria, a menudo asociada a la secundaria¹³. Es curioso observar que en las necrópolis catalanas y del Norte del País Valenciano (Muralla NE de Ampurias, Cabrera, Oriola, Mas de Mussols, Mianes, Solivella, Bovalar...) no conocemos ninguna cremación primaria, hecho que tal vez podríamos poner en relación con la vinculación de esta área geográfica a un tipo de enterramientos sencillo, tipo campo de urnas. A pesar de los escasos datos que tenemos sobre los aspectos rituales en las necrópolis ibéricas, parece detectarse una cierta relación entre la cremación primaria y los tipos de estructuras funerarias que podríamos llamar monumentales, entre las cuales un caso singular estaría representado por el monumento turri-forme de Pozo Moro¹⁴.

De lo anteriormente expuesto parece desprenderse que la cremación primaria se adoptó con posterioridad a las llamadas «oleadas indoeuropeas» y, probablemente, por influencia mediterránea. En Grecia y Rodas la cremación primaria predomina durante los siglos VIII y VII a. C.¹⁵. En el mundo semita la adopción de un rito, la incineración, minoritaria, pero que persiste y tiene suficiente fuerza para implantarse en sus asentamientos occidentales es todavía un fenómeno, cuyos intrínquilos son aún mal conocidos¹⁶. Hay que tener presente, no obstante la existencia en las necrópolis de ambiente orientalizante de la Península de cremaciones primarias¹⁷.

¹² D. MOLAS, N. RAFEL y F. PUIG, «El ritual funerario a la Necrópolis del Coll del Moro, Gandesa (Terra Alta)», en *Cota Zero* (Vic 1986), págs. 48-52.

¹³ N. RAFEL, «El ritual d'enterrament ibéric: un assaig de reconstrucció», *Fonaments*, 5, 1985, págs. 16-18. J. P. GARRIDO y E. M. ORTA, «Excavaciones en la necrópolis de la Joya (3ª, 4ª y 5ª campaña)», *E.A.E.*, 96. G. BONSOR, «Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis», *Revue Archéologique*, XXXV, 1899.

¹⁴ M. ALMAGRO GORBEA, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, 1978, pág. 255.

¹⁵ D. C. KURTZ y J. BOARDMAN, *Greek Burial Customs*, Londres (1971) págs. 73-74 y 173-175.

¹⁶ U. MARTIN WEDARD, «A Proposito della cremazione arcaica fenicio-púnica», *Studi Micenei ed egeo-anatolici*, XIX (1976).

¹⁷ J. P. GARRIDO y E. M. ORTA, «Excavaciones en la necrópolis de la Joya (3ª, 4ª y 5ª campaña)», *E.A.E.*, 96, 1978. G. BONSOR, «Les colonies agricoles préromaines de la Vallée du Betis», *Revue Archéologique*, XXXV, 1899.

La cremación primaria documentada en el túmulo M1 del Coll del Moro se sitúa a finales del siglo VII a. C., en un momento en el cual tenemos documentada en el yacimiento una fuerte presión de las influencias de la costa, a las que cabe atribuir las piezas de importación fenio-púnicas, presentes en diversas tumbas que se concentran justamente en el sector Marías de la necrópolis, donde se ubica el túmulo M1, en el que se encontró —a pesar del saqueo a que había estado sometido— un plato de cerámica a mano inspirado en una forma fenicia. Todo ello no puede ser menos que suscitar de nuevo la cuestión de posibles influencias orientalizantes en el ritual funerario peninsular¹⁸.

Es difícil en el conjunto del mundo incinerador —donde a menudo y particularmente en el mediterráneo oriental, coexisten cremaciones primarias y secundarias— conjeturar las causas que hay en la base de la confluencia de ritos diferentes. No obstante, la adopción e implantación de estas costumbres y su coexistencia es, sin duda, un elemento diferenciador en un mismo grupo humano. Definir esta diferenciación y su impronta en el conjunto de usos culturales del grupo es, por ahora, muy difícil.

Valga decir, no obstante, que si intentamos reconstruir el funeral de la persona enterrada en el túmulo M1 nos damos cuenta de que éste debió constituir una ceremonia de unas características que hacen pensar, por un lado, en una cierta importancia social del muerto y, por otro, en un trabajo de organización de tipo colectivo.

El estrato de cenizas (anormalmente rico en fósforo, potasio, calcio y magnesio) que subyacía bajo el pavimento de losas de la cista M1, presentaba en la superficie inferior una marcada inclinación hacia el centro del túmulo, hecho que parece poner de manifiesto que antes de erigir la pira se procedió a una preparación del terreno consistente en excavar una leve concavidad, posiblemente con la intención de dificultar la dispersión del fuego y su contenido. Una vez efectuada esta preparación, se erigió la pira y se depositó el cadáver con todo su paramento. Se fue alimentando el fuego hasta que éstos se consumieron, siendo las temperaturas a las que se debió llegar elevadas, a tenor del estado en que aparecen los bronzes, al margen de la dificultad que ya en sí en-

¹⁸ M. PELLICER, «Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada)», *E.A.E.*, 17, 1962. M. E. AUBET, «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14, 1977-78.

traña la cremación de un cadáver a causa de la gran cantidad de energía calorífica que se necesita.

Una vez apagada la pira, se recogieron los huesos y los bronce separándolos de las cenizas y se regularizó el terreno. No es hasta este momento cuando se empieza a construir la estructura funeraria que acogerá los restos del cadáver y de sus adornos. Para la construcción de este último túmulo se tenían que mover unos 80 m³. de piedra, parte de la cual —la destinada al anillo externo— era retocada y, además, se tenían que manejar las grandes losas megalíticas que constituían la cista.

Todo eso representó un esfuerzo considerable, que posiblemente no se efectuaba con todos los muertos y que induce a pensar en una estructura social con una organización consolidada y jerarquizada en la que la persona enterrada en M1 debía ocupar algún lugar destacado.

La falta de excavaciones sistemáticas en el área tumular del Ebro impide saber si nos encontramos ante un fenómeno aislado o bien si la cremación primaria se practicaba. Las excavaciones en curso en la Loma de los Brunos parecen aportar indicios de cremaciones primarias¹⁹. Se documentan también, más tardiamente, en la necrópolis de Azaila²⁰. En el área tumular del Segre este tipo de cremación es desconocido hasta el momento. Únicamente podría ponerse en relación con este ritual el caso, que parece excepcional, de la cremación primaria, colectiva y parcial, del túmulo del Tossal del Tancat en la Granja d'Escarp datable en los siglos VII-VI a. C.

Salvo el momento inicial de la necrópolis del Coll del Moro, en el cual hay algunas tumbas que contienen únicamente la urna cineraria con los huesos quemados, lo que si es una constante en todas las cremaciones —desde el momento en que empiezan a aparecer los elementos metálicos— es el hecho de que el cadáver era depositado en la pira funeraria con todo su aderezo personal, que probablemente debía llevar puesto.

Este extremo, que conocemos por las fuentes literarias, parece confirmarse por el hallazgo, en el enterramiento M1, de una falange humana adherida a una masa de bronce medio fundido por el fuego de la pira que correspondería a un brazaletes del tipo de

series de vástagos superpuestas. La cremación, junto con el cadáver, de los elementos de adorno de uso personal se documenta en el Coll del Moro desde la aparición de éstos —cuando se reducen únicamente a brazaletes de bronce— hasta la llegada de nuevos elementos como cadenas, colgantes, broches de cinturón, fibulas...; es decir, desde mediados del siglo VIII a. C. hasta el momento final de la necrópolis, a fines del siglo VI a. C. y primera mitad del siglo V a. C.

En algún caso, las losas recortadas que sirven de tapadera de algunas de las urnas presentan señales de haber sido sometidas a la acción del fuego. En los vasos que acompañan el osario y en los de ofrendas, en cambio, no se observan nunca señales del fuego ni aparecen fragmentos de cerámica quemados procedentes de posibles libaciones al pie de la pira, tal como documentan las fuentes clásicas.

Una vez apagado el fuego, se separaban los huesos de las cenizas y restos orgánicos que aún debían quedar en la pira, así como los bronce. Parece que la labor de recogida y separación de los restos de huesos y bronce quemados debía ser muy cuidadosa ya que en muchos de los enterramientos se documenta la recogida incluso de pequeñas bolitas de bronce, resultantes de las gotas de la fusión de los elementos ornamentales que acompañaban al cadáver.

Salvo algunas excepciones (cinco casos en el sector Camp Teulers) una vez cribados, los huesos se ponían en un osario cerámico en cuyo interior se depositaban también los restos del aderezo metálico o una parte de éstos.

Seguidamente, el osario y los restos metálicos se colocaban en la tumba. Generalmente, el osario se acompañaba con vasos de cerámica, bien porque estos fueran propiedad del muerto, bien porque estuvieran destinados a contener ofrendas, de las cuales no nos han llegado restos. Se observa, no obstante, que de las tumbas datables en el siglo VIII a. C. solamente una contenía más de un vaso; esto parece indicar que en el momento inicial de la necrópolis se depositaba un único vaso en la tumba, el osario, o al menos que la costumbre de ofrendar otros vasos está más extendida a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C. De las pocas tumbas que hemos podido datar en la primera mitad del siglo VII a. C. dos contienen una sola pieza de cerámica. Es necesario señalar también que estas tumbas del siglo VIII a. C. y primera mitad del siglo VII a. C. que contienen solamente el osario corresponden a estructuras de tipo tumular plano, a manera de empedrado, con el enterramiento depositado en un *loculus* excavado por de-

¹⁹ J. J. EIROA, *La Loma de los Brunos y Los Campos de Urnas del Bajo Aragón*, Zaragoza, 1982, pág. 33.

²⁰ M. BELTRÁN LLORÍS, *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, 1976, pág. 101.

bajo del nivel de la base de la estructura. La única excepción la constituye la tumba T42, también de tipo tumuliforme, plana, pero de planta rectangular y con el osario protegido por una especie de cista.

Sin embargo, eso no significa que todos los ajuares más tardíos contengan más de un vaso, sino que, en todo caso, es una tendencia. Tanto aquí como en otros ambientes funerarios es usual la desigualdad entre unas tumbas y otras con respecto a la composición del ajuar. Se ha querido ver en ello una diferenciación social y/o económica, a pesar de que en algún caso enterramientos muy ricos en ajuar metálico contienen un sólo vaso cerámico, realidad que obliga a ser prudentes a la hora de las interpretaciones.

En los enterramientos que se depositan directamente sobre el suelo, sin osario, (las cinco tumbas de Camp Teuler ya mencionadas) se observa la presencia de cenizas junto a los huesos. Creemos que también en estos casos los huesos y las cenizas eran escogidos y que éstas servían de lecho para los huesos. Fundamentamos esta suposición en el hecho de que si no hubiesen sido cribados aparecerían no solamente las cenizas sino también carbones, en mayor o menor cantidad. En una de ellas parece ponerse de manifiesto que, una vez depositadas las cenizas y los huesos, se compactaban con barro de manera que no se dispersaran.

Así como los restos óseos del cadáver incinerado eran objeto de un cuidado particular, en ocasiones se observa también la misma atención hacia las cenizas, que a veces eran depositadas en una pequeña fosa excavada en la tierra al lado del osario. Estos depósitos, donde a veces se colocan también los restos del aderezo metálico, acompañan siempre a enterramientos realizados en *loculus* con osario, ya sea sin superestructura ni señal externa de su presencia (C3, C9, T11, T34, T35) o con una superestructura de tipo tumular a manera de empedrado plano (T14) siendo este uso funerario documentado desde el siglo VIII a. C. (T14) hasta mediados del siglo VI a. C. (C13).

El cuidado, a que hemos hecho referencia, en el tratamiento de los restos de la incineración se manifiesta también en el hecho que el osario se cubre con una tapadera cerámica (M2, por ejemplo) o bien una losa recortada en forma más o menos circular (T3, T25...) y, por lo que respecta a los depósitos de cenizas, en la delimitación de la concavidad donde se ponían con pequeñas lositas (C3).

El osario, pues, junto con los restos metálicos y, si era apropiado, con los otros vasos cerámicos, se depositaba en la estructura preparada para recibir el

enterramiento y después se cerraba ya fuera colocando una losa encima o clausurando la cista, según fuera el tipo de estructura funeraria. En los túmulos circulares con cista excéntrica se observa perfectamente como el anillo tumular externo queda interrumpido a la altura de los laterales de la cista, de manera que no se completaba hasta que se había depositado en ella el enterramiento. Entonces se acababa de hacer el anillo pétreo que, a la vez que delimitaba el túmulo, servía de cierre del frontal de la cista. Generalmente, en el punto donde cierra la cista este anillo se refuerza interiormente con otro muro, a menudo hecho con mucho menos cuidado, en cuanto al acabado, que el externo, y destinado a descorazonar a los posibles saqueadores o bien a constituir un refuerzo para poder soportar el peso de la losa de cubierta. Sin duda, en túmulos tardíos con cistas poco profundas y construidas con murete, que probablemente no se cubrían con losas megalíticas, se observa también la presencia de este refuerzo interno.

Parece que, al menos en algunos casos (T5, M1, M10, M12), la tumba se señalizaba con una estela o con un *cippus*. Hoy por hoy, todas las tumbas donde parece documentarse este uso funerario o bien están datadas, por los materiales arqueológicos que contenían, en una fase tardía —final del siglo VII. a. C. y siglo VI a. C.— o bien corresponden a enterramientos saqueados pero en estructuras funerarias de tipología también tardías en las necrópolis. No conocemos paralelos para este tipo de señalizaciones externas ni en el área tumular del Segre ni en la del Ebro.

Únicamente conocemos una referencia de Bruhl respecto al Cabezo del Cascarrujo que, con todas las reservas que el tipo de la memoria de este yacimiento impone, podríamos interpretar en este sentido²¹. Valga decir que en las necrópolis tumulares del Ebro la falta de excavaciones sistemáticas, a que ya hemos hecho referencia, y el saqueo repetido de las estructuras tumulares puede haber hecho desaparecer o en-

²¹ «Les pierres qui on été prises à quelques mètres de là, car il n'en manque pas, sont rassemblées concentriquement sans régularité et peu enfoncées au sommet du tumulus, des dalles, au nombre de trois, son plantées verticalement pour rendre visible l'emplacement de la sepulture». A. BRUHL, «Excavaciones en el Cabezo del Cascarrujo, término de Alcañiz (Teruel)», *Memorias de J.S.E.A.*, 1931, pág. 15. Podría ser que si los túmulos estaban muy erosionados el hecho de que sobresalieran las losas de la cista —pues estas son, en definitiva, las losas a que se refiere— no fuera más que una casualidad.

mascarar evidencias arqueológicas de este uso funerario documentado en el Coll del Moro.

Capítulo aparte, en cuanto a los sistemas funerarios de la necrópolis de Coll del Moro, merecen las estructuras sepulcrales de tipo tumular y planta cuadrada, especialmente la variante de éstas en que no hay cista o receptáculo central para acoger el enterramiento.

Se da la circunstancia, que vale la pena destacar, que en ninguna de las 8 estructuras de este tipo se ha documentado enterramiento ni encima ni debajo del empedrado tumular. Una posible explicación puede radicar en el saqueo o deterioro de la estructura con la consiguiente pérdida del enterramiento. El saqueo únicamente puede ser considerado en el caso de que el enterramiento no estuviese depositado bajo el empedrado tumular porque si hubiese estado en un *loculus* bajo la estructura se habría de haber perforado ésta para llegar, circunstancia de la cual quedarían evidencias arqueológicas. Únicamente puede pensarse, pues, que, en todo caso, el enterramiento estaría depositado por encima del nivel de base del empedrado tumular —como por ejemplo se documenta en M2, una estructura de tipo tumular con cista central ligeramente elevada sobre el nivel de asentamiento—, y que al derrumbarse éste el enterramiento se deterioró. A parte de que parece una explicación un tanto forzada, hay diversos factores que parecen contradecirla: la falta de evidencias arqueológicas, en todos los casos, del supuesto derrumbe; la repetición del mismo fenómeno en diversas tumbas (C9, T4, T5, T56, M3, M7, M11) y, finalmente, el hecho de que algunas de estas estructuras parecen intactas o prácticamente intactas.

En tres de estas estructuras se observa la presencia, al lado de una de las esquinas externas, de un enterramiento en *loculus*, cuyo vaso o vasos se apoyan lateralmente sobre la estructura, que nosotros hemos asociado considerando el enterramiento en *loculus* correspondiente a la estructura tumuliforme. No obstante esta asociación no deja de ser dudosa. En el caso de que la demos por buena se plantea inmediatamente una cuestión: si el enterramiento se depositaba en *loculus* fuera de la estructura, ¿cuál era el sentido y la finalidad de ésta? Cuestión que resulta aún más ardua si consideramos que el *loculus* y la estructura tumular son dos unidades independientes porque nos obliga a concluir que las mencionadas estructuras no son sepulcrales y están relacionadas con algún aspecto ritual que se nos escapa totalmente.

De la comparación de este tipo de estructuras con otras paralelizables en yacimientos como Ro-

ques, Azaila o La Loma de los Brunos no parece tampoco surgir la solución. En la necrópolis de Roques de Sant Formatge hay más de una veintena de estructuras de tipo tumular cuadrangulares. De todas estas estructuras en la G303 se encontró también una fosa donde, como todo contenido, se hallaron algunas cenizas²²; en el resto de estructuras de este tipo de la necrópolis no se localizó el enterramiento.

En Pedrós y Azaila sí que se han documentado los enterramientos correspondientes a las estructuras cuadrangulares. En el caso de Pedrós estaban depositados en cistas o fosas excavadas total o parcialmente por debajo del nivel de asentamiento de la estructura tumuliforme²³. En Azaila los enterramientos se colocaban en *loculi* excavados antes de hacer el empedrado tumular, a la manera ibérica²⁴.

Creemos que si los enterramientos correspondientes a las estructuras cuadrangulares del Coll del Moro hubieran presentado una localización similar a Pedrós o Azaila, forzosamente se hubieran encontrado.

El túmulo 11 de la Loma de los Brunos, cuadrangular, tampoco aporta elementos esclarecedores con respecto a la problemática del enterramiento. El material arqueológico recuperado, así como los restos de huesos y cenizas, aparecieron fragmentados y dispersos «en el interior del túmulo» (sic)²⁵. A través de la memoria de excavación, es difícil hacerse cargo de los rasgos que definían el conjunto. En suma, ni las observaciones hechas en el transcurso de las excavaciones del Coll del Moro ni los paralelos con otros yacimientos aportan, a nuestro parecer, elementos de juicio definitivos con respecto a la función de estos tipos de estructuras. Esperemos que en el futuro nuevas excavaciones puedan ir apartando datos para aclarar este extremo. No obstante, creemos que la futura investigación tendrá que tener en cuenta dos hipótesis: la posible asociación de enterramientos en *loculus* al pie de las estructuras y una probable finali-

²² R. PITA y LL. Díez-CORONEL, «La necrópolis de Roques de San Formatge (Serós, LLeida)», *E.A.E.*, 59, 1968, págs. 34-35.

²³ J. L. MAYA, L. Díez-CORONEL y A. PUJOL, «La necrópolis tumular de incineración de Pedrós», XIII *C.N.A.*, 1975 (Zaragoza, 1977), págs. 615-616.

²⁴ J. CABRE, «La cerámica céltica de Azaila», *A.E.A.*, XVI, 1943, pág. 58. M. BELTRÁN LLORIS, *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, 1976, págs. 90-92.

²⁵ J. J. EIROA, *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*, Zaragoza, 1982, pág. 27.

dad de culto, fenómeno que no es desconocido en el mundo de los campos de urnas europeos²⁶.

Las estructuras secundarias de tipo tumular, que se presentan adosadas a los túmulos circulares de cista excéntrica y son propias de finales del siglo VII a. C. y siglo VI a. C., ofrecen una problemática similar a las estructuras de planta cuadrangular en cuanto a la presencia y ubicación del enterramiento.

De las 8 estructuras de este tipo documentadas con seguridad en el Coll del Moro, solamente en dos se ha podido documentar el enterramiento. Este hecho podría, quizá, relacionarse con la afirmación de Tomás de que este tipo de estructuras no eran sepulcrales sino de culto²⁷. No obstante, la falta de elementos comparativos y la misma debilidad de las estructuras obliga a ser prudentes en cuanto a este extremo. De lo que no hay duda es de que al menos algunas de ellas sí que eran sepulcrales.

A partir de aquí hemos de preguntarnos por qué estas estructuras de enterramiento se supeditan a otras: los túmulos circulares de cista excéntrica. Creemos que es posible pensar que esta supeditación formal indica una supeditación social emanada de una jerarquización, ya sea familiar, de clan o económica. Valga decir al respecto que la cronología tardía de estas estructuras secundarias parece apoyar esta hipótesis, en la medida de que su aparición coincide con un momento en el cual el poblamiento del Coll del Moro parece ya fuertemente asentado y jerarquizado.

En la segunda mitad del siglo VII a. C. aparece una modalidad de ofrendas que no se documenta anteriormente en la necrópolis. Se trata de la costumbre de ofrendar vasitos cerámicos que se depositan fuera de la estructura que contenía el enterramiento; así, en las unidades M4 y M10 aparecen al pie de la cista, delante del ingreso y fuera del círculo tumular, unos vasitos colocados con mucho cuidado y calzados con piedras (dos en M4 y tres en M10). Parece que la aparición de este fenómeno coincide también con la aparición de los vasitos de tamaño muy pequeño que se depositan junto con la urna-osario y que no se documentan en los primeros momentos de la necrópolis. Así, por ejemplo, los vasitos de ofrend-

fas de C9, M16 y M23, enterramientos encuadrables en la segunda mitad del siglo VII a. C. y principios del siglo VI a. C.

En síntesis y a grandes trazos, podemos observar que los sistemas funerarios en el conjunto de la necrópolis del Coll del Moro son diversos, bajo un denominador común: la incineración y el enterramiento individual.

En el siglo VIII a. C. y primera mitad del VII a. C. se entierra preferentemente en fosas o *loculi*, al modo de los campos de urnas; no obstante a estas fosas se les superpone una estructura pétreo de tipo tumular consistente en un círculo de piedras relleno a manera de empedrado. Aparecen, empero, en estos primeros momentos de la necrópolis los enterramientos en estructura rectangular de tipo tumular y los grandes túmulos de planta circular y cista excéntrica de losas megalíticas.

La incineración es de tipo secundario, en *ustrina*, y mientras que en los enterramientos más antiguos se limita a recoger las cenizas y huesos del cadáver incinerado y —una vez cribados— depositarlos en un osario cerámico que se coloca en el sepulcro, progresivamente se impone la costumbre de quemar el cadáver con su atavío que, una vez quemado, se deposita también en el sepulcro. Paulatinamente, se aplica la práctica de acompañar el osario cerámico de otros vasos.

En la segunda mitad del siglo VII a. C. se entierra predominantemente en túmulos de planta circular con cista y aparecen los pequeños vasos de ofrendas que se depositan, indistintamente, dentro o fuera de la estructura funeraria. De la orientación del eje longitudinal de las cistas de los túmulos se desprende la voluntad de situar el ingreso de las mismas al poniente solar, hecho que parece observarse también en cuanto a la orientación de los ejes de algunas estructuras rectangulares, de las estructuras funerarias de tipo secundario y en la deposición de vasos de ofrendas al lado oeste de los sepulcros. Es también en este momento cuando se documenta en la necrópolis la incineración primaria que, a la vista de los datos que tenemos hasta ahora, parece una práctica selectiva y no generalizada. Los aderezos metálicos, que continúan quemándose con el muerto, se diversifican y aparece el hierro, a la vez que las primeras cerámicas de importación hechas a torno.

Junto con estas innovaciones, se documentan las cistas de estructura compleja, con bancos, y los *cippos* y estelas que señalizaban algunas estructuras tumula-

²⁶ J. BRIARD, *L'Age du Bronze en Europe Barbare*, Toulouse, 1976, pág. 298.

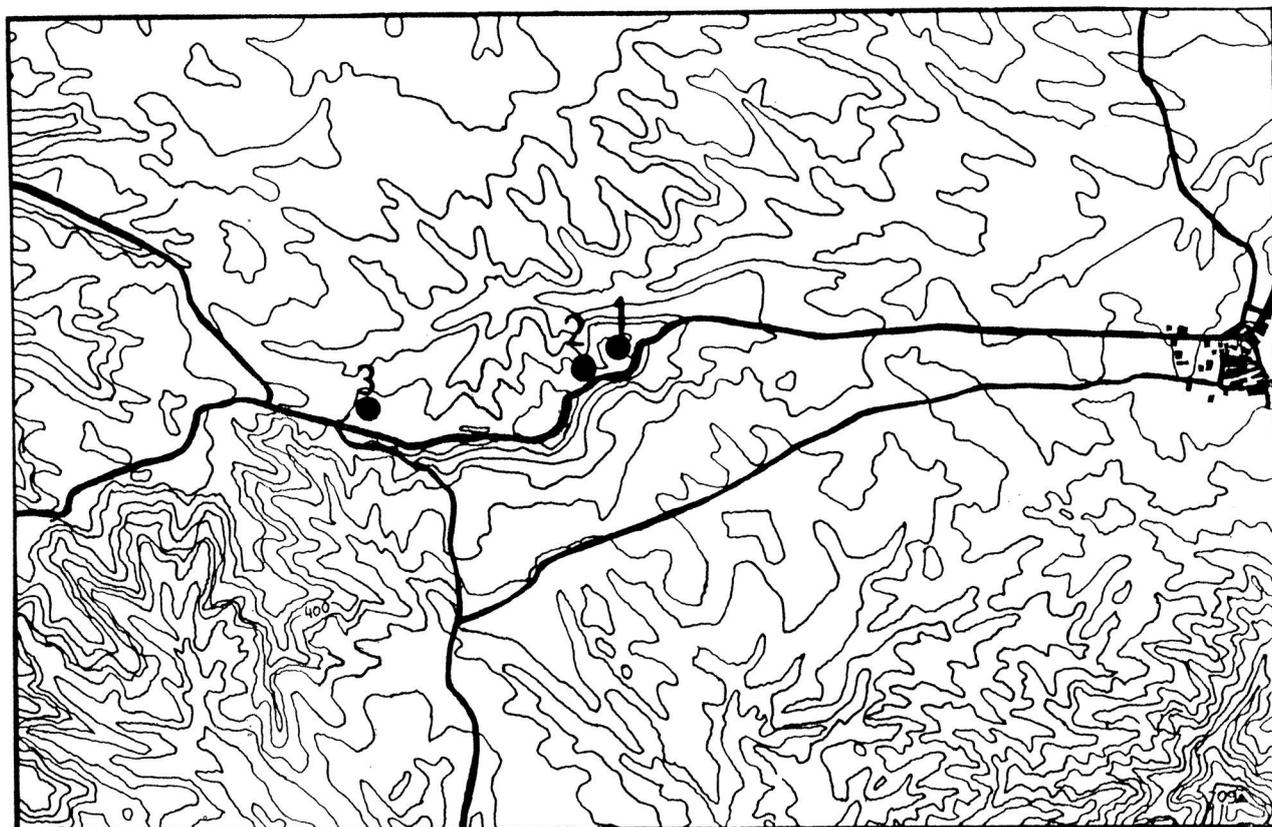
²⁷ J. TOMÁS, «Elementos estables en los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica», *Caesaraugusta*, 13, 1959, págs. 122-123.

res de planta circular con cista y de tipo tumular y planta cuadrada.

A partir también de la segunda mitad del siglo VII a. C. y en el siglo VI a. C. se impone la costumbre de adosar a los grandes túmulos de cista excéntrica unas estructuras menores, a modo de empedrados de tipo tumular, en los que se deposita —al menos algunas veces— un enterramiento, y que ocupan, formal y conceptualmente, una posición secundaria con respecto al túmulo al cual se adosan. Igualmente, se depositan al pie de estos túmulos enterramientos en *loculi*, tipo de enterramiento que, si bien ya era practicado en la necrópolis, parece tener una especial aceptación a partir de este momento.

Las estructuras funerarias de planta cuadrada suceden a las de planta rectangular y pasan a ser, durante el siglo VI a. C., las únicas estructuras cuadrangulares en uso. Parece que este tipo de formas funerarias responden a dos finalidades diferentes; sepulcral y de culto, según tengan receptáculo para depositar al enterramiento o no. Al pie de estas últimas se sitúan enterramientos en *loculi* depositados, según parece, en función de la estructura cultual.

El siglo VI a. C. es también el momento en que más se practica el enterramiento en *loculus*, que parece crecer en estima en detrimento del enterramiento en túmulos de planta circular y cista excéntrica, que desaparecen a final de este siglo.



Situación de los distintos sectores de necrópolis: 1. Camp Calars, 2. Camp Teuler, 3. Maries.

